



Conquistas territoriales, y dominios étnicos. La guerra entre indígenas Nasa-Wesx y las FARC en Marquetalia, sur del Tolima

Andrés-Felipe Ospina-Enciso*

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

<https://doi.org/10.15446/historelo.v16n37.108504>

Recepción: 24 de abril de 2023

Aceptación: 25 de enero de 2024

Modificación: 31 de mayo de 2024

Resumen

Este artículo indaga elementos clave de una experiencia histórica, la toma de Marquetalia entre los años 1960-1964 por parte del Ejército Nacional y la posterior confrontación que en esta zona se dio entre la guerrilla de las FARC y las autodefensas indígenas por más de tres décadas (1964-1996). Este evento fue crítico en el desarrollo del conflicto armado en Colombia por ser un hito en el desarrollo de la guerra de guerrillas y por la forma en que el Estado se hizo al control de regiones marginales. El escrito se centra en el proceso de dominio y coerción que desató el Estado sobre el pueblo indígena Nasa Wesx del sur de Tolima en el desarrollo de su estrategia militar de control territorial. La investigación está centrada en un trabajo de campo etnográfico producto de diálogos informales con los habitantes de la zona. El enfoque de la investigación es cualitativo, centrado en la interpretación de las narraciones de personas que vivieron estos episodios. Se interesa por las relaciones y tensiones entre Estado y grupos indígenas, priorizando un enfoque étnico para comprender los alcances culturales y territoriales de esta confrontación. El trabajo identifica y visibiliza el punto de vista de poblaciones étnicas que han hecho parte del conflicto, ya sea como víctimas, actores armados o sujetos de autonomía política y territorial. El texto concluye con una discusión sobre la forma en que operan los márgenes como áreas donde el Estado constituye sus dinámicas de control y poder.

Palabras clave: Operación Marquetalia; Sur del Tolima; pueblo Nasa; conflicto armado; alteridad.

* Ph. D. en Antropología por la Universidad de los Andes, Colombia. Docente Escuela de Ciencias Sociales Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. El presente artículo es resultado de la investigación doctoral "Siembra de Muertos, cosecha de espíritus. Relaciones entre vida y muerte, guerra y paz y orden territorial en los Nasa Wesx del Sur del Tolima" financiada por la convocatoria Doctorados Nacionales 567 de Minciencias. Correo electrónico: andres.ospina02@uptc.edu.co

 <https://orcid.org/0000-0003-3871-2700>



Cómo citar este artículo/ How to cite this article:

Ospina-Enciso, Andrés-Felipe. "Conquistas territoriales, y dominios étnicos. La guerra entre indígenas Nasa-Wesx y las FARC en Marquetalia, sur del Tolima". *HISTORELo. Revista de Historia Regional y Local* 16, no. 37 (2004): 142-173. <https://doi.org/10.15446/historelo.v16n37.108504>

Territorial Conquest and Ethnic Domination: The Conflict Between Nasa-Wesx People and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC) in Marquetalia, Southern Tolima

Abstract

This article examines key elements of a historical event: the capture of Marquetalia by the National Army from 1960 to 1964 and the subsequent conflict between the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC) and indigenous self-defense groups that lasted for over three decades (1964-1996). This event was crucial in shaping the armed conflict in Colombia and marked a significant development in the war of guerrillas and the State's approach to managing marginalized regions. The focus of this article is on the process of domination and coercion exerted by the State over the Nasa Wesx Indigenous population in Southern Tolima as part of a broader military strategy for territorial control. Based on ethnographic fieldwork and informal dialogues with local residents, this research adopts a qualitative approach to interpret the narratives of those who lived through these events. It highlights the relationships and tensions between the State and Indigenous populations, emphasizing an ethnic approach to understand the cultural and territorial dimensions of the conflict. The article aims to present the viewpoints of ethnic groups involved in the conflict, whether as victims, armed actors, or individuals with political and territorial autonomy. It concludes with a discussion on how marginalized areas function as zones where the State establishes its control and power dynamics.

Key words: Marquetalia Operation; Southern Tolima; Nasa People; Armed Conflict; Alterity.

Conquistas territoriais e domínios étnicos. A guerra entre os povos indígenas Nasa-Wesx e as FARC em Marquetalia, sul do Tolima

Resumo

Este artigo investiga elementos-chave de uma experiência histórica a Marquetalia entre os anos de 1960-1964 pelo Exército Nacional e o subsequente confronto ocorrido nessa área entre a guerrilha das FARC e os grupos indígenas de autodefesa por mais de três décadas (1964-1996). Esse evento foi fundamental para o desenvolvimento do conflito armado na Colômbia porque foi um passo no desenvolvimento da guerrilha e pela forma como o Estado estava sob o controle das regiões marginais. O artigo focaliza o processo de dominação e coerção que o Estado desencadeou sobre o povo indígena Nasa Wesx, no sul do Tolima, no desenvolvimento de sua estratégia militar de controle territorial. A pesquisa concentra-se no trabalho de campo etnográfico que é produto de diálogos informais com os habitantes da área. O foco da pesquisa é qualitativo, voltado para a interpretação das narrativas de pessoas que viveram esses episódios. Interessa-lhe as relações e tensões entre Estado e grupos indígenas, priorizando uma abordagem étnica para compreender o alcance cultural e territorial desse confronto. O trabalho identifica e torna visível o ponto de vista das populações étnicas que fizeram parte do conflito, como vítimas, atores armados ou sujeitos de autonomia política e territorial. O texto conclui com uma discussão sobre o modo como as margens operam como esferas em que o Estado constitui sua dinâmica de controle e poder.

Palavras-chave: Operação Marquetalia; Sul do Tolima; povo Nasa; conflito armado; alteridade.

Introducción

El presente artículo es resultado del trabajo de campo inmersivo e intensivo desarrollado con visitas esporádicas y diálogos dentro y fuera del territorio durante los años de 2013 y 2014. Tiene como propósito identificar y dar cuenta de las formas en que se ha desarrollado el conflicto armado en territorios más allá de la égida de control del Estado. También describe la forma en que comunidades étnicas se trasfiguran en elementos de sujeción, control y poder en medio de la confrontación. La región del sur del Tolima, en la cordillera Central de los Andes, ha sido objeto de tensiones entre el aparato administrativo estatal y grupos étnicos asentados allí desde antes y durante el funcionamiento de la República. En este contexto, también se manifiesta la prolongada disputa entre el Estado y los movimientos armados irregulares, como fue el caso de la guerrilla Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), presentando una lógica de marginalidad y frontera en la que el Estado procura controlar zonas sobre las que no ejerce una administración efectiva por medio de la actividad militar y el uso legal del monopolio de la violencia.

En dicha zona, sobre la cuenca del río Atá, se ubica Marquetalia, lugar objeto de toma y control militar, pero también de habitación histórica de poblaciones indígenas y campesinas que han sido impactadas por las dinámicas de la guerra. La cordillera Central y sus altas cumbres fueron puntos de acceso y de salida para estructuras armadas y para las marchas de huyentes —personas desplazadas por las confrontaciones— que buscaban protección y nuevas tierras que compartían con las guerrillas liberales o comunistas del sur del Tolima —grupos insurgentes con los que el Estado disputaba la tenencia y el control de estos territorios—, en este escenario se ha desarrollado, con altibajos un teatro de operaciones (Molano 1999).

El manuscrito se centra en lo que se conoce como la *Operación Soberanía*, también conocida como la “toma de Marquetalia” desarrollada entre 1960 y 1964, con un lapso crítico entre los meses de abril y mayo de 1964. Este fue un evento crucial en la historia militar de Colombia, pero también para el movimiento guerrillero y las poblaciones que habitan los lugares en disputa. La operación, que se

consagró como un hito en el desarrollo y significado del conflicto armado, produjo un impacto considerable en el pueblo Nasa Wesx,¹ también llamados Páez de Gaitania, en el sur del departamento del Tolima. Esta población se estableció en la cuenca del río Atá, corriente que nace en el nevado del Huila y desciende por el flanco oriental de la cordillera Central. Por el lecho de este río llegaron descendientes de los Nasa del norte del Cauca, vinieron al Tolima, desde el otro lado del nevado, buscando tierras para trabajar y huyendo de la paz de derrotados que sufrieron tras la caída de los señores liberales en la Guerra de los Mil días en el Cauca (Ospina 2020).

Desde su llegada, los Nasa Wesx han experimentado las vicisitudes de la guerra, estando a merced de enfrentamientos cruzados, pero también tomando partido y haciendo parte de una lucha que los expuso a las lógicas viscerales de la confrontación. No obstante, en medio de la incursión la comunidad indígena también adquirió un aprendizaje colectivo alrededor de la autonomía, los acuerdos políticos y territoriales y las formas de resistir al conflicto armado tomando una posición como pueblo étnico, con su propia dinámica y generando formas propias de actuación, en medio de la tensión que implica una confrontación a gran escala que tuvo impactos directos en las formas de organización social y territorial de los pueblos étnicos.

Lo anterior lleva a cuestionar el papel que juega el Estado, mediante el uso del monopolio de la violencia, en el control que ejerce sobre las zonas marginales y las fronteras internas en las que busca establecer autoridad y control. De allí, la propuesta conceptual del texto es indagar por los modos en que la autoridad del monopolio de la violencia legal se desborda e impacta sobre *otras* formaciones sociales que son golpeadas por la violencia, como la que se da en el conflicto armado en Colombia. La comunidad étnica de Nasa Wesx, sufre de un ambivalente

1. La denominación Nasa Wesx corresponde a que esta comunidad se nombra a sí misma como Nasa Wesx y en extensión, del mismo modo denominan al territorio en que habitan. Este énfasis en Nasa Wesx (en lengua Nasa Yuwe, “la gente que está junta”) otorga identidad a los Nasa de Gaitania (sur del Tolima) y permite diferenciar a esta población de las otras comunidades Nasa que habitan en el Cauca y en ocho departamentos más, en especial de los otros grupos Nasa del Tolima, como son las comunidades Nasa de San Isidro en Planadas, y Nasas de Barbacona y Las Mercedes, en Rioblanco. Sin embargo, también ocurre que esta comunidad se llama así misma como Nasas, que comparten una unidad, tradición y formas culturales comunes con otros pueblos de la etnia Nasa y en distintos territorios.

reconocimiento por parte del Estado y sus fuerzas militares, en donde la violencia, la sujeción y el terror han sido los condicionantes de la interacción que han tenido estas poblaciones con la institucionalidad y el poder.

El abordaje metodológico de este manuscrito, parte de situar las voces de personas, en su mayoría pertenecientes a la comunidad Nasa Wesx, que vivieron y recuerdan lo que fue la Operación Soberanía y la posterior confrontación armada entre indígenas y guerrilla hasta los acuerdos de paz que cesaron con esta confrontación en 1996. Para esto, se apeló a la conversación y al diálogo informal, como forma de acercamiento y conocimiento con personas que han decidido hablar de su experiencia en la confrontación, a veces de forma individual y otras veces colectiva. Las conversaciones no tienen un formato prediseñado, se dan en la medida en que el investigador pregunta por las memorias de un pasado muy vigente en la narrativa. Ante esas preguntas, las personas arrojaron sus versiones que fueron alimentando de forma explícita e implícita el argumento y la experiencia aquí presentados.

El contexto de la operación Marquetalia

En 1964, en épocas de expansión de la Guerra Fría entre los bloques hegemónicos globales, Colombia entraba en una nueva fase de su conflicto armado interno; el Estado prevenido por la influencia del socialismo internacional y experiencias revolucionarias en América Latina vio con precaución el surgimiento de lo que el parlamento colombiano denominó “Repúblicas independientes” en los territorios marginales del país. Estas “repúblicas” no eran más que regiones de colonización campesina donde tomaron forma grupos de autodefensa con formas de organización comunitaria y de orientación socialista que cuestionaban el rol del gobierno y la oligarquía, y que a criterio de las autodefensas promovían una guerra contra las clases obreras y campesinas que obligaba al pueblo a defenderse por medio de las armas (Alape 2002; 2004).

El gobierno de la época, liderado por el presidente conservador Guillermo León Valencia, organizó una operación militar de gran despliegue con el objeto de reducir a un grupo de autodefensa campesina que se concentró en las tupidas cordilleras del Macizo, en el sur del Tolima. Dicho grupo estaba conformado por

combatientes liberales y comunistas de anteriores formaciones guerrilleras, así como por cuadros políticos afines al socialismo que establecieron una “república independiente” en la zona conocida como Marquetalia. Esta maniobra militar fue el mayor movimiento de tropas conocido hasta el momento, desplegó más de 20 000 efectivos y tardó alrededor de dos años en tomarse a Marquetalia, que no era más que un pequeño caserío en donde se asentaba la autodefensa (Acevedo 2010; Arango 2016; Olave 2013; Prado 2011).

Marquetalia es imaginada como un gran poblado donde la guerrilla agrarista de la década de 1960 desarrolló un comando en el que habitaban miles de combatientes y sus familias. Sin embargo, Marquetalia no es más que una vereda ganadera con unas pocas casas cercadas por trincheras, levantadas de forma estratégica para el mantenimiento de estos grupos de autodefensa. Para el ejército, Marquetalia fue una extensa región que abarca buena parte del sur del Tolima y sobre la que se impulsó una operación a gran escala para “recuperar” el control de territorios cooptados por el bandolerismo y el comunismo (Alape 2002).

El despliegue militar sobre la zona obligó al desplazamiento de población civil, pues el ejército de Colombia organizó una táctica de tierra arrasada para cercar a los rebeldes, dejarlos sin suministros y reducirlos. De acuerdo con el relato de don Diomedes Perdomo², indígena Nasa, los Campesinos e indígenas de la comunidad Nasa Wesx asentados en el cañón del Atá, fueron desplazados de sus sitios de trabajo en el campo para bombardear las tierras indígenas en donde podían esconderse los Comunes.³ A la salida de los Nasa los soldados tumbaron los cultivos de pancoger que había sembrado la población para que la guerrilla no tomara los frutos de los campos abandonados. El ejército cercó a los rebeldes en el área del cerro Marquetalia, mientras reubicó a los indígenas en el pueblo de Gaitania. Las tropas concentraron

2. Perdomo, Diomedes. “Entrevista sobre la presencia de las FARC en Nasa Wesx”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 27 de mayo de 2013, entrevista transcrita, página 12.

3. Este era el nombre que recibían los guerreros de ascendencia comunista que operaban en el sur del Tolima y enfrentaron al gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla en la década de 1950. Los comunes hicieron parte de una amnistía que para finales de esa década ordenó el gobierno del presidente Alberto Lleras Camargo, sin embargo, las maniobras militares posteriores en la zona incidieron en que los comuneros retomaran las armas, en calidad de autodefensa.

a los Nasa en un lote al lado del cementerio del pueblo, donde quedaba el matadero de ganado. Allí les impidió también salir para evitar que algún indígena inconforme apoyara o informara a los Comunes de los movimientos de tropa.

Cuentan doña Crucita Paya y doña Edilma Paya, indígenas que vivieron en la época, que “los Nasa que llegaron a Gaitania eran varios cientos. Se encontraban dentro de alambradas, aislados de la demás gente del pueblo”.⁴ Cuenta que “los soldados mataban a indígenas porque tenían la orden de tirar a quien saliera del matadero” (Paya 2014, 35) Nadie podía salir, solo con permiso, haciendo parte de un padrón de habilitados o teniendo salvoconducto que el ejército entregaba a muy pocos. La gente vivía acinada, se enfermaba, especialmente los niños y adultos mayores. La situación más dramática para los Nasa fue el cambio de dieta que tuvieron durante el encierro. Al salir de sus fincas, la comida que tenían sembrada fue destruida y en el pueblo solo contaban con las raciones que el ejército les proveía. Fue la primera vez que los indígenas comieron arroz, granos y harinas y a causa de ese tipo de dieta procesada —a la que ellos no estaban acostumbrados— muchos cayeron enfermos, y los más vulnerables, comenzaron a morir (Paya 2014).

Dice doña Crucita Paya que “todos los días había desfile de gente para el cementerio porque nadie curaba esos retorcijones de barriga, y la gente se iba yendo, de uno en uno”.⁵ En esta situación estuvieron por meses, mientras se desarrolló lo más crudo de la confrontación en Marquetalia. Los indígenas solo pudieron regresar hasta que el ejército se tomó la zona y la autodefensa tomó rumbo hacia Riochiquito en el Cauca, hasta mitad del año de 1964 (Perdomo 2013). Durante este tiempo los indígenas sufrieron de enfermedades, encierros y muerte, así como transformaciones en sus hábitos y en sus cuerpos. Por ejemplo, aprendieron a comer otros alimentos como granos y enlatados, que en ese momento los enfermó y llevó a la muerte, pero que ahora que son la base de la dieta con que se sustentan (Paya Crucita 2014).

4. Paya, Edilma. “Entrevista sobre la vida de los Nasa Wesx en la toma de Marquetalia”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 18 de junio de 2014, entrevista transcrita, página 34.

5. Paya, Crucita. “Entrevista sobre la violencia en los años cincuenta”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 18 de junio de 2014; 16 de enero de 2014, entrevista transcrita, página 42.

Quien ordenó la reducción de los Nasa en Gaitania fue el entonces coronel José Joaquín Matallana, un hombre paradigmático en la lucha contrainsurgente en la segunda mitad del siglo XX. Matallana apostó por dos estrategias para cooptar el área y atacar al movimiento insurgente, de una parte, la presencia de unidades de efectivos militares por entre los caminos, veredas y filos de cordillera, la segunda, bombardeos aéreos sobre objetivos identificados. Esto implicó un trabajo de tiempo y presión. Los indígenas salieron de sus fincas porque donde se asentó el coronel empezaron los bombardeos. “Matallana era el ‘dueño’ de La Isla, ese queda en la juntura de los ríos San Miguel y Atá. Desde allí comandó las tropas que, por tierra y aire, y sus tropas se fueron tomando cada arruga de la cordillera (Perdomo 2013).

Mientras, en Gaitania, el cerco que cubría a los indígenas también fue extendido a los blancos. “En el pueblo, la gente solo podía salir o entrar con un papel firmado por Matallana, sin el papel eran puestos presos, y este papel lo obtenían pocos” (Perdomo 2013, 14). Los que hoy son hombres y mujeres mayores recuerdan que mientras las personas estaban encerradas en el pueblo los aviones pasaban por encima de los cañones del río, y los muertos que quedaron en las aguas fueron muchos.

En esta toma de posición fueron los mismos Nasa quienes abrieron el camino para que los militares se apropiaran de la zona. Las narraciones de campesinos dan cuenta de la poca efectividad que tuvieron al comienzo las incursiones militares. Los soldados poco entrenados y sin conocimiento del área caían en emboscadas. Cuenta Diego Flórez, médico de Gaitania que, “en las zonas bajas, se amontonaban pilas de militares muertos que eran sacados de la zona en camiones viejos que se movían de noche”⁶ para no levantar revuelo. Uno de los accesos al territorio Nasa Wesx, la quebrada Altamira, en los años de los bombardeos a Marquetalia tenía el nombre de “El Infierno”. Así era llamada por la cantidad de muertos que quedaron en el fondo del cauce cuando el ejército intentó ocupar la zona por tierra. Años después, en un periodo de temporal influencia de la Iglesia católica entre los Nasa, la comunidad de religiosas las Siervas del Santísimo, más conocida como las Lauritas, cambió el

6. Flórez, Diego. “Entrevista sobre la presencia de las FARC en Gaitania”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 11 de mayo de 2013, entrevista transcrita, página 2.

nombre del sitio y de “El Infierno” pasó a llamarse “Altamira”. Cuentan que “las monjitas le cambiaron el nombre porque desde los picos de aquel cañón la vista era amplia y hermosa, y así los que llegaban dejaban de pensar en tantos muertos”.⁷

Matallana fue consciente que una zona tupida e inaccesible como la cuenca del río Atá solo podía ser tomada con el apoyo de la gente local que sabía moverse en su territorio. Entre quienes Matallana consideró, los Nasa Wesx fueron el punto de acceso y avance del ejército a Marquetalia. El militar se percató que los indígenas habitaban un territorio compartido con campesinos y con los miembros de las autodefensas, pero que los primeros tenían un origen étnico y una organización social distinta a la de los campesinos, y esta era una posibilidad latente de diferencia y conflicto.

Para algunos, Matallana fue un militar calculador y cruel, pero para los indígenas, Matallana dio impulso a los pueblos y fue generoso con el campesino y con el indígena. Lo recuerdan como una persona preocupada por el impacto de la acción cívico militar, esto es, de la acción social y asistencialista que está directamente relacionada con la incursión militar en un territorio. Comprendía que el éxito de la estrategia militar dependía del apoyo de las comunidades y no solo de la actividad armada. Por esto se granjeó el favor de los jefes indígenas, invirtió tiempo y recursos en lo que los indígenas demandaban y supo leer cuáles eran las condiciones y las posiciones que asumieron los Nasa Wesx con el ejército, así como con los rebeldes.

Matallana logró convencer a la capitania de que apoyaran a las tropas, y reclutó indígenas para que sirvieran como correos, guías y hasta de combatientes. Supo ganarse la confianza e interés de los comuneros y entró a su territorio con el ímpetu que jamás ha encontrado otro agente de estado en este territorio profundo. Tanto interés causó Matallana que logró el reasentamiento de los Nasa Wesx en Gaitania y que estos asumieran que los muertos del cerco no eran culpa de las decisiones de los militares sino de la pobreza del indio, sus penas, sus enfermedades y no saber comer (Perdomo 2013). Este método de persuasión que dio resultado en la confrontación, lo han seguido implementando fuerzas militares y gobiernos seccionales hasta la fecha.

7. Calambás, Teresa. “Entrevista sobre los muertos de la guerra en Nasa Wesx” entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 4 de marzo de 2013, entrevista transcrita, página 8

Por eso los indígenas no opusieron resistencia a ser sacados de sus fincas para ser concentrados en el pueblo. A su vez, la dirigencia indígena comenzó a recibir un trato diferente de los mandos militares. Una vez que los líderes indígenas “aprendieron a comer lo que comían los blancos, recibieron remesas de comida de campaña, y se acostumbraron a comer así, con la comida de los blancos”,⁸ como un motivo de distinción entre las autoridades indígenas y el resto de los comuneros. Hasta no hace mucho tiempo, los campesinos criticaban a los indígenas por haber mantenido una guerra a razón de unas “salchichas enlatadas” (Cupaque 2013).

Junto a la remesa iba armamento y parque (municiones) que el ejército dejaba en manos de la autoridad indígena, pues fueron los indígenas quienes de verdad tomaron posición de guarda y defensa de la región recuperada ante las posteriores incursiones de la naciente guerrilla de las FARC (Cupaque 2013). En este escenario, la Operación Soberanía, el despliegue más numeroso que tuvo el ejército colombiano en el contexto de la Guerra Fría, terminó siendo mantenido y defendido por unas decenas de indígenas mal aperados, transformados por las circunstancias en comensales de raciones de campaña, y aprendieron a combatir al enemigo del Estado en medio de un conflicto de diferenciación cultural agudizado por las tensiones que un conflicto armado de larga data ha sabido mantener.

La perspectiva de quienes combatieron por parte de la naciente guerrilla indica que el éxito militar de la incursión del ejército no fue tal. El ataque se lanzó sobre posiciones establecidas que se demoraron mucho en consolidar. La zona se volvió un teatro de operaciones en el que intervino un cerco de infantería de ejército acompañado de aviación de combate. Del otro lado, el movimiento guerrillero hizo un quiebre estratégico y desarrolló una táctica, a la vez que una historia, distinta a los intereses del gobierno nacional, esto con el tiempo llevó a la fundación de la guerrilla de las FARC en lo que se conoce como la Segunda conferencia del Bloque Sur. En palabras de Jaime Guaracas, líder histórico de la guerrilla de las Farc:

8. Cupaque, Alirio. “Entrevista sobre la relación entre el ejército y los Nasa Wesx”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 25 de febrero de 2013, entrevista transcrita, página 5.

Entonces vino la agresión denominada Operación Marquetalia con un operativo de dieciséis mil soldados del Ejército para un área donde los dieciséis mil hombres no cabían ni parados, porque Marquetalia es un pequeño vallecito y la operación, o mejor dicho la agresión era para todas las áreas adyacentes a Marquetalia. Entonces comenzó la pelea de dieciséis mil soldados contra cuarenta y dos campesinos que no eran guerrilleros sino labriegos que querían vivir en paz con sus mujeres y sus hijos. Pero ante la agresión tuvieron que levantarse para defenderse y entonces se convirtieron, ahí sí, en guerrilla móvil al mando de Manuel Marulanda Vélez (Matta 1999).

Una vez que se tomó posesión de Marquetalia, hubo un mantenimiento militar de la zona, el mismo es difícil de sostener desde entonces. La confrontación con la guerrilla exigió que los despliegues y repliegues sobre Marquetalia fueran un asunto crítico que no se pudo garantizar con efectivos militares sino mediante los mismos indígenas que facilitaron el ingreso de las tropas militares en 1964. Los indígenas desarrollaron actividades militares en apoyo del ejército para mantener a raya a la guerrilla que se convirtió en el alter de la población indígena, lo que generó una confrontación que se extendió por décadas. No deja de sonar paradójico que sea un pueblo indígena, una de las poblaciones que han sido sistemáticamente desconocidos y violentados por la autoridad del Estado, quien haya hecho las veces de punta de lanza del aparato militar y que defendiera los intereses del gobierno de la época en su propósito de neutralizar las autodefensas de campesinos que mutaban en movimiento guerrillero. De este modo, los Nasa Wesx apoyaron el control militar-estatal sobre regiones apartadas y marginales.

El lugar de indígenas y campesinos en la disputa alrededor de Marquetalia

No obstante, lo del apoyo al régimen establecido es más un resultado colateral. Lo que llevó a propiciar y mantener una confrontación entre indígenas y la naciente guerrilla fue la alteridad llevada al grado de confrontación entre formaciones sociales distintas que encontraron en el espacio de la lucha entre el Estado y la insurgencia un campo de manifestación de diferencias étnicas y ontológicas que

se fueron desarrollando como una experiencia histórica mediada por tensiones y choques entre estructuras armadas, así como por mediaciones interculturales que acentuaron dichas diferencias pero también las formas de interacción entre aquellos que se reconocieron como diferentes. Esa tensión se decantó por la interacción violenta, por el combate y la vendetta como modos de recíproca destrucción y de agónico posicionamiento respecto a cada alteridad.

Los Nasa Wesx tenían experiencias y relaciones previas con la población campesina. Ambas poblaciones coincidieron en la búsqueda de nuevos sitios dónde establecerse y hacer la vida luego de escapar a anteriores violencias. Los Nasa Wesx llegaron del Cauca, cruzando a pie el glacial del nevado del Huila, y descendiendo por la cuenca del río Atá. Venían huyendo de la paz de derrotados de la Guerra de los mil días. En el Cauca muchos indígenas habían servido a señores gamonales liberales, que al perder la guerra dejaron a los Nasa a su suerte y sin tierra para trabajar, por lo que salieron paulatinamente en busca de nuevos lugares para vivir (Palma et al. 2007).

Por su parte, los campesinos, huyentes de la violencia política de mitad del siglo XX en el Viejo Caldas, Valle, Huila y otras zonas del Tolima remontaron el río Atá y se hicieron a tierras de cultivo colonizando y abriendo monte. Los indígenas se dedicaron al trabajo de la tierra y a la reproducción de su vida cultural, societal y ecológica; por su parte, los campesinos levantaron sus unidades productivas y abrieron caminos para conectar la naciente región poblada con Neiva e Ibagué. En este proceso destaca el rol que tuvieron las ligas agrarias y el movimiento campesino en el sur del Tolima, estos apostaron por reivindicaciones y la obtención de derechos para los campesinos trabajadores en las haciendas cafeteras de Ortega y Chaparral, al tiempo que promovió la movilización indígena del pueblo pijao (Uribe 2012). Uribe habla de una conciencia colectiva emergente en estos movimientos agrarios que incidió en lo que ocurrió en Marquetalia. Dicha conciencia tiene un carácter histórico que se manifiesta en la experiencia compartida entre campesinos e indígenas que juntos, en un primer momento, participaron de estas ligas agrarias.

De entre los campesinos se fueron destacando grupos armados de filiación liberal o comunista que establecieron una disciplina de guerra a la que los demás

campesinos e indígenas progresivamente se fueron habitando. Los grupos de Comunes, liderados por personajes conocidos del conflicto armado como Manuel Marulanda Vélez, Isauro Yosa, Jacobo Prias Alape, entre otros, establecieron una disciplina de pueblo en armas, que fueron implantando en los Nasa Wesx. Doña Edilma Paya recuerda cómo “a mi hermanito menor los comunes lo pusieron a marchar con un palito, como si estuviera en una plaza de armas, haciendo un desfile militar”.⁹ A esto los Comunes lo llamaban “la formación Sucre”, que eran grupos de niños a los que se les enseñaban los principios de la milicia y la organización por escuadras, este tipo de instrucciones se hicieron tanto con campesinos como indígenas. Guerrilleros e indígenas establecieron relaciones de vecindad y algunas veces de intercambio, pues vivían en lugares comunes y tenían necesidades similares. Por ejemplo, compartían el abastecimiento de sal, “los indígenas necesitaban sal para comer y la guerrilla para cebar el ganado que robaban abajo del Huila, del Cauca y llevaban a Marquetalia” (Perdomo, 2013). En la memoria colectiva de los indígenas mayores se tiene presente que las primeras diferencias entre indígenas y guerrilleros se hicieron visibles en choques por la sal. Recuerdan cómo la guerrilla acusó a una familia de indígenas, los Yule, de robar sal a los Comunes, por lo que la guerrilla los ajustició, comenzando un ciclo de reyertas y vendettas entre los Nasa Wesx y la insurgencia (Maldonado 2015). Algunos Nasa Wesx cuentan que los Comunes se fueron contra los indígenas al considerar que estos apoyaban a los Limpios,¹⁰ luego de que estas dos guerrillas rompieran. Los Comunes también cuestionaron el vínculo histórico que habían tenido los Nasa Wesx con los liberales lo que los hizo objeto de desconfianza.

9. Paya Edilma. “Entrevista sobre la influencia de los Comunes en la vida de los Nasa Wesx”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 4 de julio de 2014, entrevista transcrita, página 64.

10. Limpios fue el nombre que se le dio a las guerrillas de filiación liberal que operaron en el sur del Tolima, estas eran dirigidas por el partido Liberal y se establecieron como mecanismo de lucha por la recuperación del poder ejecutivo. Con la amnistía que estableció el gobierno militar de Rojas Pinilla los Limpios cesaron su lucha contra el gobierno y giraron la mira para luchar contra los Comunes quienes siguieron en la confrontación. Así las cosas, el grupo guerrillero liberal que compartía con los Comunes un enemigo común, después de la amnistía se convirtió en el enemigo. Esto desencadenó en que los liberales, armados o no armados, fueran enemigos de los Comunes.

Producto de estas diferencias y del uso de la violencia entre ambos bandos se agudizó la confrontación. Los choques, aunque esporádicos, fueron dando forma a una tensión mayor. Los Comunes, que estaban armados, impusieron condiciones a los indígenas que a *regañadientes* fueron asumiendo. Don Diomedes Perdomo decía que Tirofijo, como también se conocía a Manuel Marulanda, “impuso una división de las tierras de trabajo y los lugares de vivienda. A los campesinos [en orientación al nevado del Huila] los ubicó al margen derecho del río Atá mientras que a los indígenas los situó al margen izquierdo del río” (Perdomo 2013, 16) Con esto, los indígenas perdieron cultivos y tierra de trabajo que tenían en la otra franja y vieron reducido su territorio.

Producto de estas y otras imposiciones que fueron críticas para los Nasa Wesx, se entiende la alianza de éstos con el ejército. Ese grupo armado buscaba reducir al mismo rival de los indígenas por lo que colaboraron con éste para hacer una defensa de su lugar. Aquellos que vieron cómo su región se convertía en el teatro militar de la Operación Soberanía, terminaron acercándose a los mandos del ejército. Corpus Paya, quien para la época del bombardeo a Marquetalia era el Capitán¹¹ de los Nasa Wesx y la autoridad tradicional, solicitó a las autoridades del gobierno nacional el apoyo en insumos, herramientas, carreteras y bienestar social en el momento en que, una vez tomada y recuperada la región, llegaron los altos mandos militares y varios ministros de la época para hacer posesión de lo que había sido una “República Independiente”.¹²

11. La figura del Capitán correspondía a una jefatura política y militar entre los Nasa Wesx. El líder de la comunidad, era el mismo Capitán y se encargaba de administrar justicia y poder en su comunidad, pero también de organizar y dirigir las operaciones de la Autodefensa indígena. Entre sus funciones estaba: “resolver los conflictos por linderos, castigar a los hombres o a las mujeres infieles, manejar los precarios apoyos del gobierno o de las iglesias católica o evangélica, y vigilar la entrada de los blancos en el territorio [...]. Mientras funcionó la capitania, la sucesión se rigió por ascendencia de sangre. La decisión de cuál portador de su sangre debía sucederlo se daba por designación del Capitán, previa a la muerte, o de acuerdo con el descendiente sanguíneo indicado para tratar con los actores externos. Dependiendo de quién fuera capitán cambiaba la relación con otros grupos” (Ospina 2020, 160).

12. Concepto acuñado en 1961 por Álvaro Gómez Hurtado para denunciar en el Parlamento a los territorios que no eran controlados por el Estado sino por grupos campesinos de doctrina comunista. Alfredo Molano (2015), señala que ese término fue tomado de la República Independiente de Cataluña, acuñado por los Republicanos en los tiempos de la Guerra Civil española. El propósito de Gómez era confrontar la permisividad del gobierno de Lleras Camargo sobre el control de las Autodefensas Campesinas y los territorios que éstas ocupaban y que parecían estar fuera del alcance de toda jurisdicción o poder.

Un viejo, de 80 años de edad, y su esposa [parte ilegible] de nietos e hijos en número de seis, llegaron al lugar y presentaron sus saludos al Ministro de Guerra, quien vestía el traje de fatiga. Ante las autoridades el anciano jefe de los Paeces, expuso los principales problemas de la región y pidió a los ministros de Gobierno y Obras su intervención para que ‘nos ayuden a rehacer esta región de nuestros antepasados’.

[...] ‘Estoy muy contento con la presencia de las tropas’, dijo el jefe indígena, al iniciar una breve conversación con los periodistas capitalinos que visitaron la región. ‘Antes Tirofijo nos tenía como esclavos y nos explotaba y ahora ya comenzamos a estar más tranquilos’, dijo el viejo indígena.

En la breve conversación que se pudo establecer con Corpus Falla [sic], por parte de los reporteros, el jefe indio, con visible felicidad se refirió a la actuación del ejército elogiando la manera como había llegado a conquistar la región. ‘Al principio teníamos miedo de los militares por lo que nos decía Tirofijo, pero después nos dimos cuenta que venían a ayudarnos’ (García 1964).

En esta nota de periódico, referida a don Corpus Paya, el periodista lo confunde con la voz Falla, y reconstruye un diálogo que tiene el capitán con los ministros de Estado que llegaron, luego de que el ejército recuperara la zona. Los elogios de la conquista por parte de Corpus sugieren una cercanía entre el liderazgo indígena y el Gobierno, que se fue dando como una experiencia militar y política, parte de la compleja y ambivalente relación que han mantenido pueblos indígenas y Estado.

Posteriormente, Aquilino Paya, el capitán que sucedió a Corpus, para la década de 1970 hizo varios viajes a Bogotá para entrevistarse con el presidente conservador Misael Pastrana Borrero. Don Justiniano Paya, quien siguió a don Aquilino, participó con mayor decisión en dichas incursiones con el Gobierno. Don Justiniano recibía del ejército un surtido de razones¹³: Marquetalia tenía un nuevo dueño y orientación, los que allí habitaban debían apoyar y rendirle cuentas a quien los dirigía (Prado 2011). El ejército estableció allí una base militar para mantener el control de la zona, en ella don Justiniano recibía remesas con panela, leche, latas de sardinas, arroz y salchichón; también venían medicinas y parque para los fusiles y escopetas que el ejército entregó a los indígenas después de la toma (Perdomo 2013).

13. Razón se entiende como recado o mensaje. Su uso es común en los pueblos rurales que se dejan razones para pedir hacer o dejar de hacer algo en una circunstancia específica. En la región de Marquetalia, al ser los caminos deteriorados y al no funcionar bien las comunicaciones, la gente deja razones en los cruces de caminos, en los puntos de contacto, para avisar al otro cuando pase por ahí.

Justiniano heredó por la línea de sus antecesores la confrontación con la guerrilla. Quienes lo conocieron mencionan su sostenida y férrea voluntad de lucha por venganza contra los guerrilleros. Don Justiniano encontró en los militares a los padrinos de una guerra sin cuartel y el apoyo para conformar la Autodefensa Indígena, el cuerpo de indígenas entrenados y armados para defender al territorio de los ataques de la guerrilla. Los indígenas pensaban que el propósito de la guerrilla era no dejar a un solo indio con vida, por lo que hacían patrullajes permanentes y emboscadas donde cayeron combatientes de ambos bandos. Los militares proveyeron a los indígenas de armas fantasmas —sin serie ni inventariadas— para sostener los combates. De la base indígena, don Justiniano fue el comandante y la cabeza de todos los movimientos.

La conformación de la Autodefensa indígena

Consolidada la toma a Marquetalia se armó una autodefensa de los indígenas para que la guerrilla, que se había fortalecido después del cerco militar, no acabara con la comunidad indígena. El ejército nacional mantuvo control y presencia en la zona con el apoyo de la milicia Nasa que ayudó a conformar. Mientras operó, la autodefensa fue un cuerpo celoso que vigilaba los movimientos de personas conocidas y extraños en el territorio para mantener a raya la insurgencia.

En su sistema moral y de compensaciones, el Nasa Wesx no olvida la deuda, tiene en cuenta a todos aquellos con quienes ha tratado y le deben. Sabe con qué y con quién ha transado, y si fue de buena o mala manera. A cada actitud responde con aprecio cuando hay reciprocidad, o con fuerza reparadora cuando las circunstancias lo exigen. Como la reciprocidad con la insurgencia fue ambivalente, Los Nasa Wesx se dedicaron a seguirle el rastro a la guerrilla, “puestéandola”, esperando enmontados la aparición del enemigo para enfrentarlo de cerca y reducirlo o matarlo, sin temor a morir. La autodefensa también persiguió a los “guerros”, nombre con que se conoce a la guerrilla, por los filos de montaña y los páramos. Anduvo detrás del enemigo por días, hasta alcanzar al guerrillero que le debiera al indígena.

Todos en la comunidad debían de apoyar en la autodefensa. Muchos no querían, pero si se negaban tenían que irse, porque el que no colaboraba era un “sapo” —aquel que es propio pero que apoya la causa del contrario—, y ésta no aceptaba sapos o gente que no los siguiera. Se patrullaba de noche por entre las peñas, siempre en los límites del territorio, tanteando desde el borde adentro la movida de afuera. Todos los de la autodefensa patrullaban, lo hacían desde los doce años. Los jóvenes se iban con los mayores, monte dentro, de noche eran instruidos para andar en la oscuridad sin linterna, para hacer de comer sin que el fuego se viera, para ser pacientes y saber disparar. En el combate les daban fistos de esos para matar guacharacos; los principales tenían fusiles, pero eran pocos. En los años que duró el conflicto con la guerrilla de las Farc los capitanes recibían la remesa,¹⁴ el parque y algunos fistos y fusiles que, desde los batallones de las tierras bajas, en correos incógnitos les hacía llegar el ejército de Colombia (Cupaque 2014). Armas sin actas de entrega, sin números seriales, que los jefes de la comunidad cargaban terciadas, lo mismo que hoy día cuelgan de las espaldas de los cabildantes las varas de mando del gobierno indígena. Las armas en mejor estado eran para los líderes, las viejitas eran para la retaguardia. Ya fuera un evento público, una reunión o un patrullaje por los lugares donde se creía andaba la guerrilla, los jefes se hacían sentir con la autoridad del fierro, porque como dicen en el sur del Tolima,¹⁵ “en ese tiempo se creía que el arma hablaba y mandaba” (Paya 2021, 3).

Si los indígenas daban “papaya” —se exponían—, la guerrilla los “quemaba”,¹⁶ y por eso había que dormir en el monte. Tanto combatientes como gente de civil debían dejar sus casas por la noche. Aunque los miembros de las autodefensas eran un cuerpo de batalla, no podía hacer de la milicia su actividad económica y por eso combinaban el trabajo agrícola con el patrullaje; pero la incertidumbre de la guerra no permitía hacer otra cosa distinta a puestear, perseguir y enfrentar, por lo que

14. Las provisiones.

15. Paya Ovidio, “Entrevista sobre la historia del proceso de paz entre Nasa Wesx y las FARC”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 7 de octubre de 2021, entrevista transcrita, página 2.

16. Les daban candela, los encendían con armas de fuego.

la producción era escasa. Los combatientes en su gran mayoría eran pobres, y sus familias todavía más. Podían estar sembrando o cultivando en su finca, pero no rendía, porque la guerra demanda mucho trabajo, mucho “trabajo sucio que ocupa la cabeza y las manos” (Cupaque, 2013) si veían por los campos a alguien extraño debían parar labores y aprehenderlo, lo agarraban del cinturón y se lo llevaban para amarrarlo e interrogarlo; si empezaban a “candelear” debían de dejarlo todo e irse a “frentear” la amenaza.

Algunos campesinos e indígenas, por igual, cuentan que, resultado de las aprehensiones o los combates, el extraño o el enemigo a veces era botado al río. En la actuación de las autodefensas, que es una actuación militar, hubo violencia y muerte de por medio. En sus enfrentamientos hubo muertos, y estos, si eran propios los llevaban al caserío; si eran guerrilleros donde los bajaban los dejaban, no los movían, para que después los mismos guerrilleros, o el río, los cargaran. En treinta y dos años, desde 1964 hasta 1996, de confrontación los indígenas tuvieron una cincuentena de muertos. Si se tiene en cuenta que en la época la comunidad no era de más de cuatrocientas personas la cifra estremece.

En la comunidad todos tuvieron que ver con la guerra, el que no combatía prestaba servicios de curación, o enterraba a los que caían. Las mujeres se hicieron viudas y los pequeños huérfanos, y jóvenes y adultos eran por igual reclutados. Parte de la instrucción era aprender el arte de la “grima”.¹⁷ A los niños se les enseñaba a usar el filo de los machetes y la técnica para no temblar al momento de enfrentar y lanzar; aprendían primero a pararse y luego a pelear. Quienes no hicieron parte de estas funciones de combate se vieron obligados a salir y hacer afuera la vida que en su territorio no era posible. Esto trajo otro problema, los que se fueron sufrieron por la pérdida de la lengua propia —el Nasa Yuwe— y sus costumbres. Los que regresaron después de la guerra reconocen que ya no tienen la misma vida ni el mismo modo de los que allí se criaron y se quedaron para pelear.

17. Tipo de combate con machete que se hace al estilo de una danza. La grima cuenta con una coreografía en la que los combatientes bailan mientras pelean y tratan de *tumbar* al contrario. Esta actividad es común en zonas de cordillera entre campesinos e indígenas. Para una descripción más completa, véase Ospina, (2008).

La autodefensa no superaba los cien miembros, la mayoría de ellos desarmados, pero enseñados a disparar y usar los machetes. Eran comandados por el Capitán y por otros comandantes encargados del entrenamiento y los patrullajes. El Capitán indígena hacía los tratos con los militares en la base militar del cerro Marquetalia que el ejército estableció después de la toma de 1964 (Perdomo 2013). De esto no hubo registro oficial, acaso porque fue una relación de compadrazgo táctico entre los mandos militares y los capitanes indígenas, acaso porque el Estado no aceptó públicamente que su punta de avanzada en la estrategia de recuperación de esos territorios que escapaban de su control, eran indígenas mal armados, que no se les había reconocido un estatus como ciudadanos con plenas garantías y derechos.

Los militares, al no conocer la zona, dejaron el trabajo de reconocimiento a la autodefensa. Fueron los indígenas quienes salvaron y consolidaron la posición del ejército. La alianza entre militares y capitanes indígenas quedó reflejada en un diálogo entre ministros de Gobierno y don Corpus Paya luego de terminada la toma de Marquetalia. En dicha conversación quedaron algunas líneas que, aunque anecdóticas, dan cuenta de cómo los indígenas fueron armándose:

El jefe indio fue ‘robado’ por los ministros que querían enterarse de la situación de la tribu. El Ministro de guerra, Mayor General Ruiz Novoa lo inquirió para que le expresara sus necesidades y el campesino Falla (sic) dijo:

‘Nosotros necesitamos que nos traigan algunos víveres y ropas. También quisiéramos que nos pusieran un puesto de drogas y otro del INA [Instituto Nacional Agropecuario].’

‘[...] Necesito también una escopeta para matar una zorra que nos está acabando con las gallinitas, ¿me la puede regalar?’ preguntó inmediatamente el indígena para no perderse la oportunidad de ‘aperarse’ de todo, ante la decidida promesa de darles todo lo que necesitaban, hecha por el Ministro de Guerra.

El Mayor General Ruiz Novoa, quiso hablar, pero casi al mismo tiempo los Ministros de Obras y de Gobierno, respondieron al jefe indio: ‘yo se lo regalo’ y ante la coincidencia decidieron volverle a decir: ‘Nosotros se la mandamos de Bogotá la próxima semana. La compraremos de nuestro bolsillo con todo gusto’ (García 1964).

Pero el desarrollo de la confrontación no fue tan fraternal y colaborativo como se presenta en la nota de prensa. Lo que se desarrolló en el tiempo fue una desgastante y sufrida confrontación donde el Estado, en la figura del ejército, desarrolló

una interacción dirigida, a la vez que velada, en la que colocó a la comunidad indígena en una situación comprometedoras donde la violencia hizo mella en los procesos organizativos y en el discurrir de la vida cotidiana. El sacrificio más grande que los Nasa Wesx emprendieron en la venganza de sangre fue el de ellos mismos. Los comuneros quedaron desmotivados de la guerra y reconocieron que eran la carne de cañón del ejército. Al poder militar le convenía apoyar una confrontación con la guerrilla, donde sus filas no hicieran el gasto de sangre que sí ofrecieron los Nasa. Los líderes indígenas declinaron su autoridad al someterse al respaldo de un poder más grande que ellos, surgido de la violencia de estado de las fuerzas militares y a las actuaciones bélicas de la insurgencia.

Esto llevó a un detrimento de la capacidad de organización interna y a la autonomía política y jurídica que los pueblos indígenas han venido defendiendo mediante procesos gremiales y de defensa territorial y política adelantados en las últimas décadas. Estancias como el cabildo indígena, que ha sido la base de los procesos de resistencia y autonomía se han desarrollado a tal punto que son reconocidos como gobiernos propios con los que el Estado, organismos multilaterales y otras etnicidades entran a mediar, negociar y acordar. Sin embargo, esta dinámica no tuvo lugar en Nasa Wesx durante el tiempo de la confrontación. El cabildo fue una figura que se creó por recomendación del ejército, para que los indígenas pudieran pedir apoyos al Estado, pero el cabildo siempre estuvo a la sombra de las decisiones de los capitanes y las autodefensas.

No fue hasta mediados de los años 90 del siglo pasado que el cabildo fue planteando una agenda paralela a la de las autodefensas. Esto se debió a la presión que empezaron a desarrollar las mujeres que enterraron a sus esposos e hijos en medio de la guerra, así como a una disposición al diálogo y al acuerdo, donde cesar el conflicto y no destruir al contrario comenzaron a ser parte de la reflexión y disposición de la comunidad indígena.

Formas de mediar el conflicto: las apuestas de equilibrio territorial y colectivo

Vivir en una zona de guerra implica apropiarse conocimientos y prácticas dedicados a mantener un tenso equilibrio entre el desarrollo de la vida diaria y el manejo de una cotidianidad mediada por el poder de los grupos armados que controlan y mantienen territorios mediante el uso de la violencia. Para el caso de los Nasa Wexx, la confrontación ha implicado interactuar y enfrentar a diferentes actores armados y amoldar la vida social a las vicisitudes del conflicto. Esto tiene que ver con el manejo del temor, del terror y de la presión que infringen los actores violentos en zonas marginales (Serje 2005).

En el pueblo de Gaitania, la última población que se encuentra antes de llegar a Marquetalia, se dice que los muertos de la guerra el río los reclama, por eso “Si el río hablara, qué no cantaría” (Paya, 2014, 36). Esto se relaciona con el principio de saber qué hacer, qué decir, o qué no decir en un lugar de conflicto. Cuando no se sabe hacer o decir, o la gente se desvía y no sigue lo impuesto, a la fuerza lo corrigen, por eso “al que se tuerce se lo llevan las aguas” (Paya, 2014, 35). De allí tomó forma el corrillo general que afirma: “si el Ejército pasa y uno no se va con ellos le pegan un tiro en las patas para ver de qué lado uno cae, y es por ese lado que se va. La guerrilla hace lo mismo, les va quebrando las patas con un tiro, y para donde van cayendo para ese lado van jalando. Lo mejor es ir derecho y ojalá no encontrárselos y menos contrariarlos”.¹⁸

Una respuesta a estas presiones violentas fue la confrontación mantenida por los indígenas durante décadas con las FARC. Los indígenas buscaron mantener a raya a un enemigo que ha sido étnica, política y socialmente distinto. Con el tiempo, la lucha se convirtió en un referente de unidad política y territorial, y el conflicto con las FARC, hasta cierto punto, se vio como una forma de resistir y mantener su lugar como pueblo indígena, pese a las incursiones armadas. Sin embargo, el

18. Anónimo, “Entrevista sobre la presencia histórica de las FARC en Gaitania”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 11 de febrero de 2013, entrevista transcrita, página 1.

costo en vidas, funcionalidad social, oportunidades productivas y económicas, y equilibrio territorial fue alto. Los Nasa Wesx perdieron a muchos comuneros por causa de los desarraigos, pero también por las muertes que tuvieron lugar por enfermedad cuando el ejército los desplazó de sus fincas, y por las muertes que produjo la confrontación después de la toma de Marquetalia. Esto es culturalmente significativo, pues los muertos juegan un papel significativo en la guerra y en el sistema de creencias y prácticas de los Nasa Wesx.

En las representaciones sociales y en la forma colectiva de asumir una forma del ser Nasa, los ancestros ocupan un lugar significativo. Estos son representados en los espíritus de quienes han muerto pero que mantienen un vínculo y una influencia sobre la sociedad Nasa y el actuar de los vivos. El mundo indígena de los Nasa Wesx, cuenta con repertorios espirituales en donde los elementos cosmológicos y religiosos se plasman en entidades con las que conviven las personas y desarrollan su vida. En estos destacan los espíritus de los muertos o *sxifi*, quienes hacen parte de los habitantes del cosmos. Estos no están físicamente en este plano del cosmos, pero sí hacen parte de la composición cosmológica de la que participan personas, entidades naturales y espíritus (Ospina 2020). De esta manera, las entidades, como son los espíritus de los muertos, participan de la vida de los vivos y toman parte en el sistema de relaciones sociales.

En consecuencia, los muertos de la guerra han cumplido su labor, incidiendo en el desarrollo del conflicto de los Nasa Wesx así como en las oportunidades de resolución de la confrontación con la guerrilla. De esto dan cuenta las narrativas alrededor del lugar que los muertos y sus espíritus han ido jugando durante y después de la guerra con las FARC.

Como los vivos se seguían matando, los muertos se tomaron la potestad de evitar más muertes a causa del conflicto. Los indígenas recuerdan la hora y la presencia del último de los muertos de este conflicto y la forma en que intervino en la negociación del final de la guerra:

En la presión más incontenible, cuando la gente creía que la guerrilla nunca dejaría de puestear al indígena para matarlo y que la autodefensa no cedería nada, un hecho de guerra dejó en claro que la alternativa más viable para la comunidad debía ser el diálogo. Unos indígenas asesinaron a un guerrillero porque estaba el cuento que

el ejército daba de a 30 millones por guerrillero que se bajaran. El muerto era un ‘guerro’ que, de niño, como campesino, se había criado en una de las veredas que hacen parte del territorio indígena. Quienes lo mataron lo dejaron desnudo en el lecho de una cañada, cerca de la vereda Aguablanca. Un indígena, con el camuflado y el arma del difunto, se fue al Batallón Caycedo de Chaparral para pedir el pago. Allí le dijeron que no podían dar plata por eso, porque al Batallón le llegaba la Fiscalía y Derechos Humanos. Que era tanto el control que le hacían, que la lista de los colaboradores la botaban a la basura cada vez que llegaban a hacer revisión. En el batallón se quedaron con el camuflado y con el arma y en lugar de los 30 millones al indígena solo le dieron 30 mil pesos para el bus de regreso. La muerte de ese guerrillero sirvió para que la comunidad indígena cayera en cuenta que no les servía estar del lado de ningún grupo armado, porque a esos los muertos no le valen. La gente le perdió fe a esa lucha y empezaron a jalar para el lado del proceso de paz entre la guerrilla y los líderes del cabildo. En esas, uno de los líderes militares acérrimos, don Alirio Cupaque, dejó en manos del Cabildo la negociación.

Pasados los días el muerto empezó a manifestarse con su alma por su cuerpo. Su cadáver había quedado a la intemperie, anegado y yerto, pero su espíritu se movió reclamando por sus restos. En sueños se le apareció a su hermana, doña Marisol Carranza, para avisarle a ella y a sus vecinos. Él había tomado mal camino y se arrepentía de haberse vestido de ‘guerro’. Le decía a Marisol en sueños que fuera por lo que de él habían dejado. Como allí cae tanta agua y solo le avisaron un mes después de la muerte, cuando fueron a recogerlo solo quedaron los pedacitos, y así lo llevaron al pueblo (Los blancos del resguardo dejan a sus muertos en el pueblo no los entierran en el resguardo). Cuando recogieron a este muerto se les quedó el cabello y un espejito del muchacho, entonces él seguía haciéndose sentir a Marisol. Ella lo oía llegar y no la dejaba dormir, los muertos no dejan dormir a los suyos. Fue al sitio donde quedó su hermano. Recogió los pedazos, los enterró en la finca y no la volvieron a molestar.¹⁹

Que el ejército, de acuerdo con narraciones de los Nasa, no haya tenido un registro de sus vínculos con la autodefensa y no haya proveído a lo largo de años de “lucha compartida” un estatus o reconocimiento a los combatientes indígenas y sus acciones armadas, se debe a que el indígena no es considerado por el Estado un actor de derechos y no tiene autoridad para decidir sobre el ordenamiento de los territorios que habita, ni sobre sus muertos, sea en tiempos de paz o de guerra. Esto ocurrió a fines de siglo XX, pero también a sus comienzos, en la guerra de los

19. Carranza Marisol, “Entrevista sobre la vida de los campesinos en el territorio Nasa Wesx”, entrevistado por Andrés Felipe Ospina, 23 de julio de 2014, entrevista transcrita, página 8.

Mil Días, cuando los jefes de los partidos políticos utilizaron a los indígenas como piezas de combate en las luchas intestinas por el poder.

Para el Estado social de derecho, el indígena no tiene todavía estatus de ciudadano. La muerte de este combatiente —que, aunque no pelease del lado indígena había crecido dentro del territorio— significó mucho en términos políticos y cosmológicos, pues con su muerte ofreció una alternativa para que los Nasa Wesx asumieran su posición en el destino de la guerra y para que en ellos tomara fuerza una resolución de paz. Producto de esto se da una discusión o cierta lucha al interior de la comunidad indígena, para decidir si continuaban en guerra contra las FARC o planteaban otra alternativa para manejar las diferencias con su alter, y cuestionar la sujeción de la que habían sido víctimas por parte del ejército.

Esto llevó a un trabajo más decidido por parte del cabildo indígena hacia la búsqueda de la paz. Se exploraron alternativas de diálogo con la insurgencia y se comenzaron a establecer acuerdos para dialogar una eventual paz entre los indígenas y la guerrilla. El proceso, al principio, no tuvo el total respaldo de la comunidad, en especial de aquellos que hacían parte del mando de las autodefensas. Pero fue la significación de las muertes, así como un acuerdo común, que incidió en la búsqueda de una salida negociada. Con un ambiente de desconfianza inicial comenzaron los acercamientos que, una vez conocidos por el ejército, comienzan a ser torpedeados. El ejército hizo sabotajes a los esfuerzos de fin de la confrontación, esto lo recuerdan quienes participaron de los diálogos. El ejército no quería perder posición o influencia en la zona con la firma de un acuerdo de paz entre indígenas y guerrilla. La fuerza pública no podía perder el apoyo de los Nasa-Wesx que representaban el control militar de la región:

Cuando estaban buscando el acuerdo, Jerónimo —el comandante de las FARC en la zona— mandó una carta donde preguntaba cómo avanzaba en la comunidad la propuesta de paz. La carta la mandó con un guerrillero para el cabildo. Pero el ejército interceptó al guerrillero y lo mató. Le encontraron la carta, la cambiaron agregándole un párrafo donde decía que si no se cumplía lo del proceso los líderes del cabildo serían asesinados. A esa carta el ejército le sacó copia y la puso a circular por el sur del Tolima, para amenazar el proceso. Ante esto el cabildo buscó hablar con Jerónimo, aclararon el malentendido, en ningún momento esas fueron órdenes del Secretariado (Paya 2021, 4).

Dicha situación exigió claridad y voluntad de acuerdo entre los indígenas y la guerrilla. Este proceso de diálogo, y manejo territorial fortaleció el papel de la autoridad indígena y generó espacios de concertación, reflexión y acuerdos que continúan hasta el presente. El 26 de julio de 1996, con la verificación de la Iglesia católica y la Cruz Roja, se firmó un acuerdo de paz entre el frente 21 de las FARC y el Cabildo Paez de Gaitania, nombre que recibe el gobierno de los Nasa Wesx (Ospina 2020). Este acuerdo se mantiene hasta el presente, incluso tiempo después de que las FARC firmó el acuerdo de paz con el gobierno nacional y se diera el desmonte de su estructura armada. La comunidad indígena defiende la continuidad de su acuerdo, pues manifiesta que la implementación de este en el tiempo les ha permitido mantener su autonomía como pueblo indígena, el control territorial y la decisión de no hacer parte del conflicto armado. Esta posición ha sorteado desafíos, como el hecho de que ni el ejército ni el gobierno hayan reconocido la validez de estos acuerdos de paz regional. Un argumento del poder ejecutivo frente a estos procesos es que el gobierno central es el único con la autoridad y legitimidad para negociar con actores irregulares, y los indígenas, para el Estado, ni son gobierno ni son legítimos. En este sentido, mantener vigente el proceso de paz logrado ha sido una forma de ejercer el sentido de la autonomía política y territorial de los Nasa Wesx (Ospina 2020).

Discusión y análisis

Los procesos de control y tenencia en una región marginal permiten identificar la forma en que el Estado y los habitantes de estos territorios generan relaciones de poder. Estas relaciones configuran la forma en que el Estado desarrolla su ejercicio de autoridad al tiempo que resignifican la posición y la capacidad de decisión de las poblaciones que buscan definir su rol como comunidad en medio de condiciones marginales y violentas presentadas en el territorio del sur del Tolima. Dicha interacción trae consigo la posesión fluctuante de lugares y gente, que se manifiesta en procesos intermitentes de recordación, refrendación u olvido. De esta manera, los lugares cobran una significación como hitos, referentes de dinámicas externas, en ocasiones globales, que los atraviesan e inciden en la forma en que se comprenden e intervienen.

Los espacios regionales y pequeños asentamientos, tanto los que se establecieron desde el periodo colonial como algunos que se fueron desarrollando en la vida republicana se estructuraron alrededor de relaciones de poder. Un lugar como Marquetalia, que concentra a poblaciones diversas con experiencias de migración, violencia y subsistencia, da lugar a una relación entre “el ordenamiento espacial, el ejercicio del poder y los mecanismos adoptados para enfrentarlo” (Herrera 2014). Estas prácticas tienen impactos en procesos de identificación y diferenciación cultural y administrativa. Las conformaciones regionales son un referente para la comprensión de otros fenómenos como el desarrollo e intensidad del conflicto armado, los cambios poblacionales, la resistencia o adhesión a las prácticas administrativas y el desarrollo de la violencia como forma de autoridad y control.

La Operación Marquetalia fue un ejercicio de ocupación y dominio del espacio que implicó prácticas de tenencia y choque entre el Estado y los actores que le disputaron la soberanía y el control de la zona. A su vez, implicó procesos de reciprocidad entre actores que se asociaron para recuperar y luego mantener el control territorial. Para Agnew, la ocupación territorial por parte del Estado tiene dos principios en juego, el de soberanía exclusiva, y el control colonial en las áreas que no están totalmente incorporadas en la vida política del Estado. La territorialidad es un ejercicio de ocupación de un espacio por parte de un grupo, —en este caso la institución— que considera que ese es su espacio en oposición a los espacios del otro. Y el uso socio-geográfico de ese espacio comprende y/o excluye a varios grupos que definen límites en el curso de las relaciones de poder (Gouëset 1999).

La territorialidad da pie al ordenamiento espacial que se apropia y percibe. El modelo de ordenamiento espacial legal, que es el que dispone el Estado con sus tecnologías, genera una práctica de dominio sostenido en la violencia y la disposición arbitraria de recursos del espacio y sobre las vidas de sus habitantes. Dicha imposición se sostiene en un marco legal que cobija y promueve las actuaciones del aparato armado del Estado, dando como resultado acciones de control estratégico.

La Operación Soberanía corresponde con un ejercicio de imposición y control que procuró extender el control y monopolio de orden del Estado a las regiones marginales que se encuentran en su jurisdicción. Dicho ejercicio experimentó a su

vez una dominación colonial, no es fortuito que haya sido una población indígena como Nasa Wesx la que haya tributado el costo más alto en estos ejercicios de guerra. En el propósito de recuperar territorios el ejercicio del Estado se centró en reconocer y poner a funcionar elementos útiles para una operación militar — incluyendo a la gente local como guías y combatientes en el frente— en lugar de reconocer las características propias, las calidades colectivas y las formas culturales de las poblaciones que habitan en estas áreas de operación. Si el ejército hizo alguna aproximación a estas poblaciones, fue para asegurar su participación en la guerra contra la guerrilla, por esto acentuó la diferenciación étnica y ontológica entre los Nasa y a las FARC que potenció por décadas el conflicto.

El ejército cooptó al indígena como defensor de sus intereses y punta de avanzada en su ejercicio de control. Los militares se hicieron al favor del indígena mediante la dádiva, las relaciones de compadrazgo entre dirigentes militares y étnicos, y con la práctica de la violencia sobre las vidas y los lugares de la insurgencia, pero también de los Nasa Wesx, lo que produjo una consumación múltiple donde el control territorial se aseguró con la muerte y el despojo de guerrilleros, indígenas y soldados de manera indiscriminada. El desarraigo y la muerte fueron los comunes denominadores de prácticas de dominio y destrucción para mantener y controlar los márgenes de la soberanía.

En tiempos presentes, los intereses y el manejo de Estado inciden todavía en la forma en que funcionan los resguardos y los gobiernos indígenas, este no es un tema ni nuevo ni superado. Los intereses del Estado modelan la vida, las decisiones y el orden social de los resguardos indígenas (Chaves y Hoyos 2011, 115), ya sea por el control funcionalista-burocrático o por la acción legal e ilegal violenta como es el caso de la operación en Marquetalia. El Estado posee el uso legítimo y exclusivo de la violencia, y es el Estado quien ha legado, de forma legal e ilegal el uso de esa violencia.

Conclusiones

El Estado usó la voluntad y el funcionamiento de la organización social indígena y desdibujó la diferencia efectiva entre Estado y resguardos. Esto produjo articulaciones entre propósitos de Estado y necesidades de la población, para el caso de los Nasa-Wesx marcar la diferenciación ontológica con el mundo campesino y activar una compensación de sangre dirigida a los grupos guerrilleros, con los resultados de sufrimiento, violencia y disgregación social ya descritos. Esto lleva a pensar en la capacidad que tiene el Estado para componer la autoridad territorial local, a partir del uso de la violencia, como fue el caso de la operación Soberanía en el sur del Tolima.

Esta práctica la lleva a cabo en los márgenes de su jurisdicción territorial, en espacios de agencia donde el Estado se reconfigura. Los márgenes dan cuenta de cómo es, en efecto, el Estado; manifiestan el reflejo y contraste que representa el margen con respecto a su centro. El control del Estado en la periferia representa su práctica centralizada y, en consecuencia, la manera en que éste proyecta el poder que detenta. Los márgenes atraviesan las prácticas y los lugares que reclama el Estado en su ejercicio soberano, y dan cuenta de una relación indisoluble entre legalidad e ilegalidad. En ese proceso, las prácticas y políticas de regulación y disciplinamiento moldean las prácticas políticas de la vida social, y es a esto a lo que se le llama Estado (Das y Poole 2008, 19-52).

Estos márgenes son necesarios para la ratificación de ese Estado. ‘¿O acaso son las formas de ilegalidad, pertenencia parcial y desorden que parecen habitar los márgenes del Estado, las que constituyen las condiciones necesarias para el Estado en tanto objeto teórico y político?’ (Das y Poole 2008, 52).

Esa función del Estado de implementar su poder en los márgenes se manifiesta en una “pedagogía de la conversión” que hace de los sujetos que se encuentran en la periferia —y que no corresponden con las formas culturales y mandatos funcionales— sujetos funcionales para el Estado. Sin embargo, ese equilibrio del poder y la dominación se mantienen en la medida en que los sujetos que habitan los márgenes comporten y reproduzcan lógicas y actitudes que el Estado impone

mediante el terror con que controlan el territorio (Elden 2009). Cuando el marco de actuación cambia, y se transforman las relaciones de sujeción y control, por acción misma de los sujetos que habitan en los márgenes, entonces la relación de poder se transforma y desestructura.

Esto es lo que ocurre con el desarrollo y mantenimiento de un acuerdo de paz entre la población indígena y la guerrilla de las FARC, pues este cambia la forma en que los sujetos se relacionan, y propone nuevos referentes de orden territorial, de manejo de la diferencia, y de la autonomía como organización social, étnica y política que desarrolla y legitima su propia agenda. En este proceso, los sujetos del margen son los que se dan su lugar y estructuran nuevos modos de ser, habitar y constituir relaciones de mediación y ordenamiento territorial. Los Nasa-Wesx, por experiencia saben que “con el ejército la negociación es armada, o de lo contrario solo es sujeción”, en ese sentido, el mantenimiento de su paz territorial genera otras escalas de interlocución, otras prácticas de mediación, y la posibilidad de disentir de prácticas violentas y coloniales como únicos elementos de reconocimiento por parte del Estado. Esto ofrece otros aires a la interacción entre comunidades e instituciones, así como nuevas posibilidades a las siempre complejas relaciones de poder.

Referencias

- Acevedo, Tatiana. “Desde Marquetalia, ‘para el presidente en su Palacio’”, *El Espectador*, 31 de octubre de 2010. <https://www.elespectador.com/politica/desde-marquetalia-para-el-presidente-en-su-palacio-article-232540/>
- Alape, Arturo. *Las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez, Tirofijo*. Bogotá: Editorial Planeta, 2004.
- Alape, Arturo. *Tirofijo: los sueños y las montañas, 1964-1984*. Bogotá: Editorial Planeta, 2002.
- Arango, Carlos. *FARC veinte años: de Marquetalia a La Uribe*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2016.
- Arenas, Jacobo. *Diario de la resistencia de Marquetalia*. Medellín: Ediciones Abejón Mono, 1969.

Chaves, Margarita, y Juan Felipe Hoyos. “El estado en las márgenes y las márgenes como estado: transferencias económicas y gobiernos indígenas en Putumayo”. En *La multiculturalidad estatalizada: indígenas, afrodescendientes y configuraciones de estado*, editado por Margarita Chaves, 115-134. Bogotá: ICANH, 2011.

Das, Veena, y Deborah Poole. “El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas”. *Cuadernos de Antropología Social*, no. 27 (2008): 19-52. <https://www.redalyc.org/pdf/1809/180913917002.pdf>

García, Álvaro. “Fundarán un pueblo en el antiguo cuartel”. *El Espectador*, 19 de junio de 1964a.

García, Álvaro. “Libertad y protección ofreció Ruiz Novoa ayer a Marquetalia”. *El Espectador*, 19 de junio de 1964b.

Elden, Stuart. *Terror and Territory: The Spatial Extent of Sovereignty*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2009.

García, Álvaro. “Por miedo ayudan a Tirofijo”. *El Espectador*, 27 de mayo de 1964.

Gouëset, Vincent. “El territorio colombiano y sus márgenes. La difícil tarea de la construcción territorial”. *Territorios*, no. 1 (1999): 77-94. <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/5598>

Herrera, Marta. *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos, siglo XVIII*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2014.

Maldonado-Tovar, Juan. “Wêtwêt fxi’zenxi: La guerra y la paz de una dinastía nasa”. *Vice, ¡Pacifista!*, 27 de febrero de 2015. http://www.vice.com/es_co/read/wtwet-fxizenxi-la-guerra-y-la-paz-de-una-dinasta-nasa

Marulanda, Manuel. *Cuadernos de campaña*. Medellín: Ediciones Abejón Mono, 1974.

Matta Aldana, Luis A. *Colombia y las FARC-EP. Origen de la lucha guerrillera Testimonio del comandante Jaime Guaraca*. Nafarroa: Txalaparta, 1999.

Molano, Alfredo. *Trochas y fusiles*. Bogotá: El Áncora Editores, 1999.

Molano, Alfredo. *A lomo de mula. Viajes al corazón de las Farc*. Bogotá: Aguilar, 2015.

Olave, Giohanny. “El eterno retorno de Marquetalia: sobre el mito fundacional de las FARC-EP”. *Folios*, no. 37 (2013): 149-166.

Ospina, Andrés. *Muertos sembrados, espíritus germinados: conflicto, vida y muerte en la paz y el orden territorial de Nasa Wesx, sur del Tolima*. Tunja: Editorial UPTC, 2020.

Ospina, Andrés. “Purificando la tierra, colonizando el espíritu: Conflicto armado y religiosidad en la mítica Marquetalia”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 20, no. 2 (2015): 101-124.

Ospina, Andrés. “Lugares cruzados, relatos comunes. El general Tulio Varón de paso por mis pasos”, *Maguaré*, no. 22 (2008): 117-139.

Palma Alfonso, Capera Armando, Tisoy Castro Doris Elena, Naranjo Farfán Gilberto y Rigoberto Tique Barrero. *Patrimonio cultural en comunidades indígenas del Tolima. Legado de nuestros mayores*. Ibagué: Corporación para el Desarrollo Integral (Corpadi), 2007.

Prado, Víctor. *Sur del Tolima. “Terror”. Repúblicas independientes*. Ibagué: León Gráficas, 2011.

Serje, Margarita. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes-CESO, 2005.

Uribe, María Victoria. “Marquetalia, ¿recordando el pasado o imaginando el futuro?”. *Palimpsestus*, no. 3 (2012): 8-19. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/palimpsestus/article/view/82928>.

